

EL ALTO

Paulino estaba sentado, en el viejo sillón de cuero, mirando por la ventana absorto en sus pensamientos.

Había subido al alto de la casa muy temprano -ya no dormía como antes y las noches se le hacían interminables- a dar una vuelta a las patatas y a las manzanas, que todos los años, las recogía en temporada, las subía al desván y las extendía sobre los periódicos para que le durasen todo el año.

Había aprovechado también para arreglar un poco los racimos de uva que tenía colgados en las vigas, para que se transformaran en pasas ¡cómo le gustaban a su difunta Julia!- pensaba mientras los recolocaba-.

Mirando por la ventana, le asaltaban los recuerdos de su niñez, de cuando conoció a Julia, de su primer baile agarrados, aquel beso furtivo... ¡En la mejilla, eso sí, que Julia era una chica muy decente! ¡Cómo habían cambiado las cosas en 70 años!

Este año estaba haciendo demasiado calor, las manzanas se estaban secando demasiado, las patatas tenían demasiados tallos y las uvas se estaban cayendo al suelo. Paulino ya no era el que fue, y no se había percatado de esos detalles.

Llevaba cuatro años viudo y, desde que le faltaba su Julia, se había vuelto un poco huraño, gruñón y despistado. Aun así bajaba al bar a echar la partida con los amigos que le quedaban de siempre que, contándose a sí mismo, sólo eran cuatro.

Ahí seguía, sentado, mirando al vacío, ya no tenía ganas de ir a ninguna partida.

Evocando aquellos recuerdos que se le clavaban en el corazón como un dardo, llegó a una conclusión:

-¡Para qué quiero patatas, manzanas o pasas si ya no tengo a mi Julia y no puedo disfrutarlos con nadie!

Así que dejó de subir a aquel alto.

Pasaron los días, las semanas...El seguía ahí, sentado, mirando por la ventana sin ver.

Las patatas, manzanas y pasas quedaron abandonadas, se fueron sumiendo poco a poco, hasta que pasaron a ser comida para los insectos y polvo.